

Empero salgamos por ahora del enmarañado campo de las conjeturas, para entrar en senda mas desembarazada. Avanzaba el siglo XVI cuando públicamente apareció nuestro ingenio, aun no cumplida la edad de veintiun años. Era el de 1568; y, con motivo de la muerte de Isabel de Valois ó de la Paz, aquella jóven reina por quien exclamó Quintana:

“¡Ay infeliz de la que nace hermosa!”

el mundo oficial se hallaba afanado en las demostraciones del justo dolor que habia esparcido tan impensada pérdida. Entre las diversas corporaciones y dependencias que concurrieron á pagar su tributo de lágrimas, figuraba el Estudio público de Humanidades de Madrid, que regentaba á la sazón, con no escaso crédito, el maestro Juan Lopez de Hoyos, eclesiástico respetable. La parte que dicho estudio tomó en el duelo comun se consigna en un libro que compuso el maestro Hoyos, y publicó en el año siguiente, bajo el título de *Historia y relacion verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y suntuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reina de España Doña Isabel de Valois, nuestra señora, con los sermones, letras y epitafios á su túmulo; dilatado con costumbres y ceremonias varias de diferentes naciones en enterrar sus difuntos, como parece por la tabla de este libro*. Forma su pesadísima narracion un tomo en 8.º, impreso en Madrid, el año indicado, en casa de Pierres Cosin, á las espaldas de la Victoria.

Es una obra ésta singularísima, no por su mérito, porque en realidad no tiene ninguno, sino por las consejas y anécdotas extravagantes que refiere con la mejor buena fe sobre antigüedades de Madrid, y mas que todo porque, á vueltas de la monotonía y suma pesadez con que relata los mas nimios pormenores de aquellas pomposas exequias, celebradas en la iglesia de las Descalzas Reales, encierra las poesías consagradas á la fúnebre solemnidad, escritas en su mayor parte por el mismo catedrático y sus alumnos, y entre ellas unas quintillas, dos sonetos y una elegía de MIGUEL DE CERVANTES, á quien su buen preceptor distingue con honrosos dictados de singular aprecio. Son, sin embargo, esas composiciones de escaso mérito en verdad, mas de un precio infinito para cuantos amen la memoria de CERVANTES y se complazcan en medir toda la distancia que le es dado recorrer al humano entendimiento desde que siente dentro de sí los nacientes impulsos de la inspiracion no cultivada, hasta que fortalecido por el estudio, y madurado al calor de una razon privilegiada, ofrece al mundo esos preciosos frutos que le embelesan y le asombran.

Hé aquí ahora algunos de esos primeros versos de CERVANTES, con los mismos epígrafes que llevan en el libro del catedrático Hoyos:

PRIMER EPITAFIO EN SONETO,

CON UNA COPLA CASTELLANA, QUE HIZO MI AMADO DISCÍPULO.

“Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente;
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra:
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de Occidente;
Aquí yace enterrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quién es el mundo y su pujanza,
Y cómo de la mas alegre vida
La muerte lleva siempre la victoria.
Tambien mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra Reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.”

Siguen á este soneto unas quintillas, á que no sabemos por qué razon se da el nombre de *redondillas*, si ya no es que, desconocida por entonces la décima, que inventó mas tarde el poeta Vicente Espinel, contemporáneo y amigo de CERVANTES, se diera el nombre de *redondilla* á la union de dos quintillas formando décima: sea de esto lo que quiera, en el epígrafe de estas llamadas redondillas se manifiesta que *son con una elegía que aquí va de Miguel de Cervantes, nuestro caro y amado discípulo*. No reproducimos las quintillas, porque se han reimpresso infinidad de veces, despues que Rios y Pellicer las dieron nuevamente al público; pero sí la elegía, menos prodigada, tal vez por razon de su prolijidad, propia de este género de composiciones.

ELEGÍA

QUE, EN NOMBRE DE TODO EL ESTUDIO, EL SOBREDICHO COMPUSO AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO CARDENAL DON DIEGO DE ESPINOSA, ETC., EN LA CUAL CON BIEN ELEGANTE ESTILO SE PONEN COSAS DIGNAS DE MEMORIA.

“¿Á quién irá mi doloroso canto,
Ó en cuya oreja sonará su acento,
Que no deshaga el corazon en llanto?”

Á tí, gran cardenal, yo le presento,
Pues vemos te ha cabido tanta parte
Del hado ejecutivo violento.

Aquí verás que el bien no tiene parte:
Todo es dolor, tristeza y desconsuelo
Lo que en mi triste canto se reparte.

¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
De una ánima beata al alta cumbre
Pusiera en confusion al bajo suelo?

Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbre:
El alma goza de perpétua gloria,
Y el cuerpo de terrena pesadumbre.

No se pase, señor, de tu memoria,
Cómo en un punto la invencible muerte
Lleva de nuestras vidas la victoria.

Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la sancta mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.

Entristeció á la tierra su verano,
Secó su paraíso fresco y tierno,
El ornato añubló del sér cristiano.

Volvió la primavera en frío invierno,
Trocó en pesar su gusto y alegría,
Tornó de arriba abajo su gobierno,

Pasóse ya aquel sér, que ser solía
Á nuestra obscuridad claro lucero,
Sosiego del antigua tiranía.

Á mas andar el término postrero
Llegó, que dividió con furia insana
Del alma sancta el corazón sincero.

Cuando ya nos venia la temprana
Dulce fruta del árbol deseado,
Vino sobre él la frígida mañana.

¿Quién detuvo el poder de Marte airado,
Que no pasase mas el alto monte,
Con prisiones de nieve aherrojado?

No pisará ya mas nuestro horizonte,
Que á los Campos Elíseos es llevada,
Sin ver la obscura barca de Châronte.

Á tí, fiel pastor de la manada
Seguntina, es justo y te conviene
Aligerarnos carga tan pesada.

Mira el dolor que el gran Philippo tiene;
Allí tu discrecion muestre el alteza
Que en tu divino ingenio se contiene.

Bien sé que le dirás, que á la bajeza
De nuestra humanidad es cosa cierta
No tener solo un punto de firmeza;

Y que si yace su esperanza muerta,
Y el dolor vida y alma le lastima,
Que á do la cierra Dios, abre otra puerta.

Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima
Algun tanto sus lágrimas cansadas,
Si una prenda perdió de tanta estima?

Y mas si considera las amadas
Prendas que le dejó en la dulce vida,
Y con su amarga muerte lastimadas.

Alma bella, del cielo merecida,
Mira cuál queda el miserable suelo
Sin la luz de tu vista esclarecida.

Verás que en árbol verde no hace vuelo
El ave mas alegre; antes ofrece
En su amoroso canto triste duelo.

Contino en grave llanto se anochece
El triste día, que te imaginamos
Con aquella virtud que no perece.

Mas deste imaginar nos consolamos,
En ver que merecieron tus deseos
Que goces ya del bien que deseamos.

Acá nos quedarán por tus trofeos
Tu cristiandad, valor y gracia extraña,
De alma sancta, sanctísimos arreos.

De hoy mas la sola y afligida España,
 Cuando mas sus clamores levantare
 Al Sumo Hacedor y alta compañía;
 Cuando mas por salud le importunare
 Al término postrero que perezca,
 Y en el último trance se hallare,

Solo podrá pedirle que le ofrezca
 Otra paz, otro amparo, otra aventura,
 Quen obras y virtudes le parezca.

El vano confiar y la hermosura,
 ¿De qué nos sirve cuando en un instante
 Damos en manos de la sepultura?

Aquel firme esperar, saneto y constante,
 Que concede á la fe su cierto asiento
 Y á la querida hermana ir adelante,

Adonde mora Dios, en su aposento
 Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
 Libre de tempestad y humano viento.

Aquí, señor, el último reposo
 No puede perturbarse, ni la vida
 Tener mas otro trance doloroso;

Aquí con nuevo sér es conducida,
 Entre las almas del inmenso coro,
 Nuestra Isabela, Reina esclarecida.

Con tal sinceridad guardó el decoro
 Do al precepto divino mas se aspira,
 Que merece gozar de tal tesoro.

¡Ay muerte! ¿Contra quién tu amarga ira
 Quesiste ejecutar para templarme
 Con profundo dolor mi triste lira?

Si nós cansais, señor, ya descucharme,
 Anudaré de nuevo el roto hilo,
 Que la ocasion es tal que ha desforzarme.

Lágrimas pediré al corriente Nilo,
 Un nuevo corazon al alto cielo,
 Y á las mas tristes musas triste estilo.

Diré que al duro mal, al grave duelo,
 Que á España en brazos de la muerte tiene,
 No quiso Dios dejarle sin consuelo.

Dejóle al gran Philippo, que sostiene,
 Cual firme basa al alto firmamento,
 El bien ó desventura que le viene.

De aquesto vos llevais el vencimiento,
 Pues deja en vuestros hombros esta carga
 Del cielo y de la tierra y pensamiento.

La vida que en la vuestra así se encarga,
 Muy bien puede vivir leda y segura,
 Pues de tanto cuidado se descarga.

Gozando como goza tal ventura
 El gran señor del ancho suelo hispano,
 Su mal es menos y esta desventura.

Si el ánimo real, si el soberano
 Tesoro le robó en solo un dia
 La muerte airada con esquivada mano,

Regalos son quel sumo Dios envia
 Á aquel que ya le tiene aparejado
 Sublime asiento en alta hierarchia.

Quien goza quietud siempre en su estado,
 Y el efecto le acude á la esperanza,
 Y á lo que quiere nada le es trocado,

Argúyese que poca confianza
 Puede tenerse del que goce y vea
 Con claros ojos bienaventuranza,

Cuando mas favorable el mundo sea,
 Cuando nos ria el bien todo delante,
 Y venga al corazon lo que desea,

Tiénesese de esperar que en un instante
 Dará con ello la fortuna en tierra,
 Que no fué, ni será jamás constante.

Y aquel que no ha gustado de la guerra,
 Á do se aflige el cuerpo y la memoria,
 Parece Dios del cielo le destierra.